

aquel ruido que anuncia el ataque dirigido por gentes de buen apetito contra los manjares puestos en una mesa bien guarnecida, y lady Peveril aprovechó esta ocasion para salir del cuarto é ir á cumplimentar á los otros huéspedes. Conocia de hecho que ya era tiempo de hacerlo, y que los realistas podian interpretar mal y aun ver de mal ojo la prioridad en el miramiento que creyó por prudencia conceder á los Puritanos.

No carecian enteramente de fundamento estas aprensiones. En vano habia el mayordomo enarbolado en una de las torres que flanqueaba la puerta principal del castillo el estandarte real con la bella inscripcion *Tandem triumphans*; al tiempo que flotaba en la otra la bandera de Peveril del Pico, que tantas veces habia guiado en los combates durante las vicisitudes de la guerra civil, la mayor parte de los que se acercaban. En vano dijo repetidas veces con una voz de Stentor: — ¡Seais bien venidos, nobles Caballeros; bien venidos generosos caballeros! Un rumor ligero que corria entre ellos de boca en boca, decia que la bien venida de-

bia haberla pronunciado la esposa de su antiguo coronel, y no un hombre á soldada.

Sir Jasper Cranbourne tenia tan buen juicio como valor: conocia los motivos de su bella prima, que le habia consultado sobre todas las disposiciones que se proponia tomar; él vió que la posicion de los espíritus era tal que no se debia perder un instante para hacer entrar á los convidados en la sala del banquete, donde podria hacerse una oportuna diversion á costa de los manjares de toda especie que habia mandado preparar el cuidado de la buena señora.

La estratagema del guerrero veterano salió perfectamente. Se puso en la poltrona que por lo regular ocupaba el mayordomo cuando tomaba cuentas á los arrendadores; y habiendo dicho Dummerar en latin *un benedicite* cortito que no pareció menos bien á sus oyentes, aunque no le comprendieron, sir Jasper invitó á la sociedad para que se excitara el apetito, comenzando por beber á la salud de su magestad un trago tan grande como lo permitiera la cávida de los vasos. En un instante no se oyó mas que el ruido de los vasos y frascos. Un poco despues

todos los convidados estaban de pie con el vaso en la mano, el brazo tendido, en silencio y la vista fija en sir Jasper. Resonando la voz del anciano caballero como el sonido de la trompeta de guerra, anunció el brindis por la salud del monarca restablecido en su trono; el brindis se repitió á coros por toda la asamblea, presurosa en hacer homenaje á su soberano: se siguió otro momento de silencio por la precision de vaciar los vasos; despues de lo cual se oyeron por todas partes alegres aclamaciones, que no solo hicieron temblar las vigas del techo, sino que se movieron las coronas de encina y flores que adornaban el aposento, como si estuviesen expuestas al aire. Observado este ceremonial, se comenzaron los honores á la buena comida que por su abundancia hacia crugir la mesa. Excitaban para este ataque por una parte la alegría, y la melodia por otra; porque se hallaban allí todos los trovadores del distrito quienes, como el clero episcopal se habian visto reducidos al silencio en el reino de los llamados santo durante la república.

La ocupacion de comer y beber, los brindis

reciprocos entre vecinos antiguos, en otro tiempo compañeros de armas en el momento de la resistencia y del padecer en el de la derrota, reunidos en fin con un motivo comun de felicitaciones, borraron muy luego las causas leves del disgusto, que en el alma de algunos de entre ellos habia cubierto con una nube la serenidad del día, de modo que cuando lady Peveril entró, acompañada tambien de las dos criaturas y seguida de sus mugeres, fué recibida con las aclamaciones debidas á la señora del castillo, á la esposa del noble caballero, cuyo valor y perseverancia dignos de mejor éxito podian atestiguar la mayor parte de ellos.

El discurso que les dirigió fué corto y digno de una muger de su rango; pero le pronunció en tono de quien siente lo que dice, y por lo mismo penetró los corazones de todos; excusóse por haberse presentado tan tarde, recordándoles que se hallaban al mismo tiempo en el castillo de Martindale hombres que fueron antes sus enemigos, pero que felices acontecimientos ocurridos poco ha, los habian cambiado en amigos, y que por serlo de tan poco

tiempo, no se habia atrevido á omitir para con ellos ningun artículo del ceremonial. Pero que aquellos á quienes se dirigia entonces eran los mas estimados, los mas leales, los mejores amigos de la casa de su marido. A ellos y á su valor habia debido Peveril el feliz éxito que habia adquirido á ellos y á él tanta fama en aquellos tiempos de desgracias. Que particularmente á su valor debia ella la conservacion de su gefe, aun cuando no podia él mismo evitar una derrota. Algunas felicitaciones sobre el feliz restablecimiento de la autoridad real pusieron fin á su discurso; y saludando con gracia á sus convidados, se acercó un vaso á los labios, como para asegurarlos de la bienvenida que les daba.

Habia quedado aun por este tiempo, y sobre todo entre los antiguos Caballeros, cierta chispa del espíritu que á Froissart inspiraba, cuando decia que un caballero tenia doble valor sintiéndose animado por las miradas y la voz de una muger bella y virtuosa. La licencia sin limites del siglo, introduciendo un gusto por la destemplaza casi general hácia el rei-

nado, cuya aurora se manifestaba en el instante de que hablamos, degradó á las mugeres al extremo de no mirarlas sino como instrumentos del placer, y así quedó privada la sociedad de aquel sentimiento noble que inspira el bello sexo. Considerado este como un estímulo para las acciones buenas, es superior á todos los movimientos, exceptuando los de la religion y el patriotismo. Resonó el techo con las aclamaciones todavía mas ruidosas, mas prolongadas, que las oidas hasta entonces, y se proclamaron los nombres de Peveril del Pico y de su esposa en medio de los votos de todos por su felicidad y salud, al tiempo que tiraban á lo alto las gorras ó sombreros. Bajo tales auspicios, salió lady Peveril del aposento, dejando el campo libre al entusiasmo y alborozo.

Fácilmente puede concebirse cual era el gozo de los Caballeros, acompañado de aquellos brindis y chanzonetas, de aquella música instrumental y vocal, que fueron siempre y en cierto modo el alma de un divertido banquete en todos tiempos y paises. El regocijo de los Puritanos tenia otro diferente caracter,

y era mucho menos estrepitoso. No habia ni músicas, ni canciones, no se permitian chanzas de ninguna especie, ni se echaba un solo brindis. Y con todo eso no parecia que gozaban menos, á su modo, de las cosas buenas que la fragilidad humana, para servirnos de sus mismas expresiones, hace agradables al hombre exterior. El viejo Whitaker queria probar que, siendo ellos menos en número, consumieron tanto vino de Canarias y Burdeos como los convidados alegres reunidos en la sala. Pero los que conocian la prevencion del mayordomo contra los Puritanos se inclinaban á creer que, con el fin de probar este resultado, habia puesto en la cuenta de los Puritanos el total de sus libaciones personales, que no era de poca monta.

Sin dar crédito á un rumor esparcido por la maledicencia y parcialidad, diremos que por entonces, como en casi todas las ocasiones semejantes, lo raro del placer aumentaba su precio; y que cuantos hacian de la abstinencia, ó á lo menos de la moderacion, un principio religioso, gozaban tanto mas del gusto que infun-

de una reunion amistosa, cuanto las ocasiones de poder tenerlas eran mas raras. Si es cierto no levantaban la voz para beber mutuamente unos á la salud de otros, probaban á lo menos, mirándose y haciendo una inclinacion de cabeza al tiempo de levantar los vasos, que experimentaban el mismo placer en mitigar la sed y el apetito, y que este placer era mayor, puesto que no le partian con sus amigos y vecinos. Como la religion era el principal punto de sus pensamientos, vino á serlo tambien de su conversacion; y formando diversos conciliábulos, pusieron á discutir diversos puntos de doctrina con la metafisica mas sutil, á balancear el mérito de diferentes predicadores, á comparar los artículos de fe de varias sectas, corroborando con citas tomadas de la Escritura la que cada cual favorecia.

Dieron lugar estos debates á ciertas altercaciones que habrian ido mas allá de lo permitido por la decencia, sin la intervencion prudente del mayor Bridgenorth. Sofocó igualmente en su principio una disputa que se suscitó entre Gaffer Hodgeson de Charnelycot y

el reverendo señor Solsgrace, sobre la cuestion delicada de si tenian los legos derecho para predicar lo mismo que los ministros, y no creyó ni prudente, ni conveniente ceder á los deseos de algunos de entre los mas furibundos entusiastas de la sociedad, que deseaban se aprovecharan los demas del don que habian ellos recibido del Cielo para improvisar oraciones y homilias. Todos estos absurdos eran propios de la época, y sea que se originaran de la hipocresia ó del entusiasmo, tuvo el mayor bastante buen juicio para conocer no convenian ni al tiempo ni al lugar.

Fué tambien el que decidió á su compañía para que se retirara temprano, de modo que los Puritanos salieron del castillo mucho antes que sus rivales los Caballeros hubiesen llegado al apogeo de la alegría; esta disposicion causó el mayor gusto á lady Peveril, en razon de las consecuencias desagradables que hubieran podido seguirse si las dos compañías saliendo al mismo tiempo, se hubiesen encontrado

Era casi media noche cuando la mayor parte

de los Caballeros, es decir, los que se hallaban en estado de partir sin ayuda de vecino, volvieron á tomar el camino del pueblo de Martindale-Multrassie, aprovechando la claridad de la luna para impedir accidentes. Sus gritos y el estrivillo que cantaban á coros:

Cobrará el rey otra vez
La corona que perdió.

se dejaron oír con gusto de lady Peveril, que se reconoció muy consolada viendo concluida la fiesta sin contratiempo alguno.

Con todo eso, no se habian acabado enteramente las fiestas, porque los Caballeros que tenian calientes los cascós, hallando á unos aldeanos amontonados alrededor de una hoguera que habian encendido en la calle á causa de la festividad, se reunieron con ellos alegremente, y enviaron á las *Armas de Peveril*, en casa de Rogerio Raine, el mesonero de quien ya hemos hablado, para traer dos barriles de *buena pajaza*, como ellos llamaban á la cerveza doble, y les prometieron su poderoso auxilio para vaciarlos á la salud del rey y del

leal general Monk, sus aclamaciones turbaron largo tiempo el sosiego del pueblecillo, y aun dieron alguna inquietud; pero no hay entusiasmo alguno en estado de resistir siempre á la influencia natural de la noche y de las repetidas libaciones. El tumulto del realista triunfante fué reemplazado por el silencio, y la luna y el mochuelo quedaron en pacífica posesion de la torre vieja de la iglesia del lugar, que, levantándose como un punto blanco por encima de una multitud de encinas, servía de mansion al pájaro solitario, y estaba plateada con los rayos del astro nocturno.

CAPITULO V.

Enarbolando al momento
De su Señor la bandera .
En el corazón sin tiera
Ardor, placer y contento
Por la guerra ¡qué portento !
¿ Qui en tiene ya trasformados
Los gañanes en soldados ?
¿ Qué gefe les inspiró
Por los combates amor ?
De tal milagro es autor
La voz que una muger dió.

WILLIAM S. ROSE.

A la mañana siguiente de la funcion que dió lady Peveril, resintiéndose aun de las fatigas y aprensiones á que se habia entregado la vispera, no salió de su cuarto hasta dos ó tres horas despues de lo que su natural actividad y el uso que reinaba entonces de madrugar, la

todos los convidados estaban de pie con el vaso en la mano, el brazo tendido, en silencio y la vista fija en sir Jasper. Resonando la voz del anciano caballero como el sonido de la trompeta de guerra, anunció el brindis por la salud del monarca restablecido en su trono; el brindis se repitió á coros por toda la asamblea, presurosa en hacer homenaje á su soberano: se siguió otro momento de silencio por la precision de vaciar los vasos; despues de lo cual se oyeron por todas partes alegres aclamaciones, que no solo hicieron temblar las vigas del techo, sino que se movieron las coronas de encina y flores que adornaban el aposento, como si estuviesen expuestas al aire. Observado este ceremonial, se comenzaron los honores á la buena comida que por su abundancia hacia crugir la mesa. Excitaban para este ataque por una parte la alegría, y la melodia por otra; porque se hallaban allí todos los trovadores del distrito quienes, como el clero episcopal se habian visto reducidos al silencio en el reino de los llamados santo durante la república.

La ocupacion de comer y beber, los brindis

reciprocos entre vecinos antiguos, en otro tiempo compañeros de armas en el momento de la resistencia y del padecer en el de la derrota, reunidos en fin con un motivo comun de felicitaciones, borraron muy luego las causas leves del disgusto, que en el alma de algunos de entre ellos habia cubierto con una nube la serenidad del día, de modo que cuando lady Peveril entró, acompañada tambien de las dos criaturas y seguida de sus mugeres, fué recibida con las aclamaciones debidas á la señora del castillo, á la esposa del noble caballero, cuyo valor y perseverancia dignos de mejor éxito podian atestiguar la mayor parte de ellos.

El discurso que les dirigió fué corto y digno de una muger de su rango; pero le pronunció en tono de quien siente lo que dice, y por lo mismo penetró los corazones de todos; excusóse por haberse presentado tan tarde, recordándoles que se hallaban al mismo tiempo en el castillo de Martindale hombres que fueron antes sus enemigos, pero que felices acontecimientos ocurridos poco ha, los habian cambiado en amigos, y que por serlo de tan poco

tiempo, no se habia atrevido á omitir para con ellos ningun artículo del ceremonial. Pero que aquellos á quienes se dirigia entonces eran los mas estimados, los mas leales, los mejores amigos de la casa de su marido. A ellos y á su valor habia debido Peveril el feliz éxito que habia adquirido á ellos y á él tanta fama en aquellos tiempos de desgracias. Que particularmente á su valor debia ella la conservacion de su gefe, aun cuando no podia él mismo evitar una derrota. Algunas felicitaciones sobre el feliz restablecimiento de la autoridad real pusieron fin á su discurso; y saludando con gracia á sus convidados, se acercó un vaso á los labios, como para asegurarlos de la bienvenida que les daba.

Habia quedado aun por este tiempo, y sobre todo entre los antiguos Caballeros, cierta chispa del espíritu que á Froissart inspiraba, cuando decia que un caballero tenia doble valor sintiéndose animado por las miradas y la voz de una muger bella y virtuosa. La licencia sin limites del siglo, introduciendo un gusto por la destemplaza casi general hácia el rei-

nado, cuya aurora se manifestaba en el instante de que hablamos, degradó á las mugeres al extremo de no mirarlas sino como instrumentos del placer, y así quedó privada la sociedad de aquel sentimiento noble que inspira el bello sexo. Considerado este como un estímulo para las acciones buenas, es superior á todos los movimientos, exceptuando los de la religion y el patriotismo. Resonó el techo con las aclamaciones todavía mas ruidosas, mas prolongadas, que las oidas hasta entonces, y se proclamaron los nombres de Peveril del Pico y de su esposa en medio de los votos de todos por su felicidad y salud, al tiempo que tiraban á lo alto las gorras ó sombreros. Bajo tales auspicios, salió lady Peveril del aposento, dejando el campo libre al entusiasmo y alborozo.

Fácilmente puede concebirse cual era el gozo de los Caballeros, acompañado de aquellos brindis y chanzonetas, de aquella música instrumental y vocal, que fueron siempre y en cierto modo el alma de un divertido banquete en todos tiempos y paises. El regocijo de los Puritanos tenia otro diferente caracter,

y era mucho menos estrepitoso. No habia ni músicas, ni canciones, no se permitian chanzas de ninguna especie, ni se echaba un solo brindis. Y con todo eso no parecia que gozaban menos, á su modo, de las cosas buenas que la fragilidad humana, para servirnos de sus mismas expresiones, hace agradables al hombre exterior. El viejo Whitaker queria probar que, siendo ellos menos en número, consumieron tanto vino de Canarias y Burdeos como los convidados alegres reunidos en la sala. Pero los que conocian la prevencion del mayordomo contra los Puritanos se inclinaban á creer que, con el fin de probar este resultado, habia puesto en la cuenta de los Puritanos el total de sus libaciones personales, que no era de poca monta.

Sin dar crédito á un rumor esparcido por la maledicencia y parcialidad, diremos que por entonces, como en casi todas las ocasiones semejantes, lo raro del placer aumentaba su precio; y que cuantos hacian de la abstinencia, ó á lo menos de la moderacion, un principio religioso, gozaban tanto mas del gusto que infun-

de una reunion amistosa, cuanto las ocasiones de poder tenerlas eran mas raras. Si es cierto no levantaban la voz para beber mutuamente unos á la salud de otros, probaban á lo menos, mirándose y haciendo una inclinacion de cabeza al tiempo de levantar los vasos, que experimentaban el mismo placer en mitigar la sed y el apetito, y que este placer era mayor, puesto que no le partian con sus amigos y vecinos. Como la religion era el principal punto de sus pensamientos, vino á serlo tambien de su conversacion; y formando diversos conciliábulos, pusieron á discutir diversos puntos de doctrina con la metafisica mas sutil, á balancear el mérito de diferentes predicadores, á comparar los artículos de fe de varias sectas, corroborando con citas tomadas de la Escritura la que cada cual favorecia.

Dieron lugar estos debates á ciertas alteraciones que habrian ido mas allá de lo permitido por la decencia, sin la intervencion prudente del mayor Bridgenorth. Sofocó igualmente en su principio una disputa que se suscitó entre Gaffer Hodgeson de Charnelycot y

el reverendo señor Solsgrace, sobre la cuestion delicada de si tenian los legos derecho para predicar lo mismo que los ministros, y no creyó ni prudente, ni conveniente ceder á los deseos de algunos de entre los mas furibundos entusiastas de la sociedad, que deseaban se aprovecharan los demas del don que habian ellos recibido del Cielo para improvisar oraciones y homilias. Todos estos absurdos eran propios de la época, y sea que se originaran de la hipocresia ó del entusiasmo, tuvo el mayor bastante buen juicio para conocer no convenian ni al tiempo ni al lugar.

Fué tambien el que decidió á su compañía para que se retirara temprano, de modo que los Puritanos salieron del castillo mucho antes que sus rivales los Caballeros hubiesen llegado al apogeo de la alegría; esta disposicion causó el mayor gusto á lady Peveril, en razon de las consecuencias desagradables que hubieran podido seguirse si las dos compañías saliendo al mismo tiempo, se hubiesen encontrado

Era casi media noche cuando la mayor parte

de los Caballeros, es decir, los que se hallaban en estado de partir sin ayuda de vecino, volvieron á tomar el camino del pueblo de Martindale-Multrassie, aprovechando la claridad de la luna para impedir accidentes. Sus gritos y el estrivillo que cantaban á coros:

Cobrará el rey otra vez
La corona que perdió.

se dejaron oír con gusto de lady Peveril, que se reconoció muy consolada viendo concluida la fiesta sin contratiempo alguno.

Con todo eso, no se habian acabado enteramente las fiestas, porque los Caballeros que tenian calientes los cascós, hallando á unos aldeanos amontonados alrededor de una hoguera que habian encendido en la calle á causa de la festividad, se reunieron con ellos alegremente, y enviaron á las *Armas de Peveril*, en casa de Rogerio Raine, el mesonero de quien ya hemos hablado, para traer dos barriles de buena pajaza, como ellos llamaban á la cerveza doble, y les prometieron su poderoso auxilio para vaciarlos á la salud del rey y del

leal general Monk, sus aclamaciones turbaron largo tiempo el sosiego del pueblecillo, y aun dieron alguna inquietud; pero no hay entusiasmo alguno en estado de resistir siempre á la influencia natural de la noche y de las repetidas libaciones. El tumulto del realista triunfante fué reemplazado por el silencio, y la luna y el mochuelo quedaron en pacífica posesion de la torre vieja de la iglesia del lugar, que, levantándose como un punto blanco por encima de una multitud de encinas, servía de mansion al pájaro solitario, y estaba plateada con los rayos del astro nocturno.

CAPITULO V.

Enarbolando al momento
De su Señor la bandera .
En el corazón sin tiera
Ardor, placer y contento
Por la guerra ¡qué portento !
¿ Qui en tiene ya trasformados
Los gañanes en soldados ?
¿ Qué gefe les inspiró
Por los combates amor ?
De tal milagro es autor
La voz que una muger dió.

WILLIAM S. ROSE.

A la mañana siguiente de la funcion que dió lady Peveril, resintiéndose aun de las fatigas y aprensiones á que se habia entregado la vispera, no salió de su cuarto hasta dos ó tres horas despues de lo que su natural actividad y el uso que reinaba entonces de madrugar, la